

Queridos Martirio, Ricardo y Ricardo.

Unas letras para agradeceros vuestro testimonio de familia con Pepe

y para animaros en esta nueva etapa que comenzáis.

Ya sé que cuando marcha físicamente de nuestro lado un ser tan querido y tan presente no es fácil hacerse a la idea de que hay que comenzar otra etapa. Ni uno tiene ganas ni uno lo entiende. Y sin embargo, como habéis hecho siempre, el camino es adelantaros a la vida para que la vida tenga futuro. No dejéis que los días y los meses que pasan sean vuestros motivos de vivir. En esta vida está prohibido resignarse. Y es tontería que os lo diga porque vosotros nos habéis dado testimonio constante de ello. Ya sabéis que el futuro viene, pero el ser humano que es libre, tiene opciones sobre él. Podemos preparar el futuro.

Vuestra relación con Pepe ha sido especial. Sólo un pequeño grupo de todos los seres humanos, como vosotros sabe lo que es vivir-con (prácticamente en una unidad) día y noche. Es un signo de comunión perfecta con el cuerpo de por medio. Os habéis vinculado con el cuerpo de Pepe y por ello, con su mente, con sus emociones y con su alma. Es un sacramento perfecto vuestra relación con Pepe porque de igual modo que le habéis dado, habéis recibido de él.

A ninguno de nosotros se nos oculta que la vida con el esposo o la esposa o los hijos sería diferente si en vez de éstos fueron otros o en otras circunstancias o en otro lugar del mundo. Con vosotros es más fuerte todo esto en relación con Pepe. Él se ha metido hasta el tuétano de vuestros huesos, cosa que en el ser humano es signo de la mayor intimidad. Allí ha dejado huella o mejor, allí ha encontrado el lugar más intimo para vivir en comunión porque era el único modo para sobrevivir. No hay gesto en vosotros: levantarse, agacharse, sentarse, echarse, saltar, bailar o caerse al suelo; asearse, comer, descomer, sonreír, llorar, besar o escupir que no esté en relación con Pepe. Quizá haya quien piense que eso es una atadura. Ya sabéis que no sabe lo que dice porque lo habéis querido así, según os fue entregado, desde la libertad. Desde el amor.

De amor se trata, pero en vuestro caso no es un asunto para filosofar. Quizá no sepáis dar lecciones sobre lo que es amar, pero como ocurre con los profetas, ellos que no saben explicar las causas de las cosas, son un signo que al verlo los demás, sí saben y entienden lo que ellos no sabrían explicar. Sois signos del amor. Es lo que todos los que os conocen un poquito, vemos. Un amor familiar (vuestra casa tiene la estructura adecuada a los cuatro concretos que sois), social, comprometido con los desheredados y excluidos (por ahí ronda Alejandro), un amor solidario que ha buscado soluciones no solo para **mí** hijo, sino para vuestros hijos, para todos los hijos. Un amor que es trascendente.

Cargado de misterio, quiero decir. Es trascendente porque yo no lo he buscado, me ha sido entregado, regalado, es pura gracia. Un amor trascendente porque me hace buscar explicaciones y razones y cuando se acaban me hace buscar fe, confianza y oración, me hace buscar comunidad, Iglesia. Un amor que proviene de Dios. Habéis cuidado de Dios con tanto cariño, con tanto esmero y sacrificio personal que estoy seguro que Dios *el Padre de la misericordia y Dios de todo consuelo* (2Cor 1,3), os cuidará por lo menos, con los mismos modos y la misma pasión como vosotros lo habéis hecho con Pepe: *Lo que hagáis a uno de estos pequeños a mí me lo hacéis*, dice el Señor (Mt 25, 40).

Sí, un amor de Padre. Cuando os veía con Pepe o bien en casa de los abuelos y de Pura o en el comedor de la casa de mis padres, me quedaba embobado contemplando como tratabais a Pepe. Ricardo lo miraba con una atención continua, aunque parecía que estaba en otra cosa. Pero en cuanto hacía falta: Pepe quería caminar más de la cuenta o sentarse en otro sitio… saltaba como un resorte de protección, cuidado y defensa para que el hijo no se hiciera daño o no rompiera alguna cosa. Me hicisteis comprender qué es el Amor de padre de Dios. Así como os lo digo. Él nos mantiene libres a la medida de nuestros pasos, y cuando vamos a dar un mal paso o caer, allí está su mano sujetándonos, aunque no nos guste.

Pero ese misterio le afectaba a Pepe y con él a nosotros. Porque Pepe sabía dónde estaba protegido, aunque le costara algún enfado, porque Pepe sabía que siempre que llamaba, allí estaba su madre, porque lo que él no comprendía sí lo entendían sus padres y su hermano. Y en medio de las pequeñas rebeldías del ser humano él sabía que su vida dependía de las manos de los suyos. Así debe ser nuestra relación con Dios y con la Virgen María.

Y llegó el final. Pepe no podía dar saltos largos sólo cortitos, así que el Padre bueno, le concedió una muerte dulce a la altura de su preparación durante la vida. De noche se durmió ¡qué maravilla! El sueño y la noche que habían sido dificultad y obstáculo para vivir se convirtieron de manera silenciosa y serena en la puerta para morir. Morir aquí porque Pepe con los ángeles, los niños y los santos puede corretear ahora lo que quiera. Allí en el Reino, están culminados todos sus deseos y desvelos, allí está saldando la cuenta de tantos límites cómo tuvo que afrontar con vosotros en la tierra.

El Señor me concedió que en la celebración de la Resurrección de Cristo y con él de Pepe que os hiciera una breve predicación: cantar el aleluya: EL REINO DE LOS CIELOS ES DE LOS NIÑOS, DICE EL SEÑOR. ALELUYA. Es mi mejor regalo para vosotros, porque además, no lo busqué sino que Juan Antonio lo puso en mis manos.

Estáis en mi corazón para siempre. En la memoria también, aunque ya sabéis la capacidad de desmemoria que tiene el ser humano cuando va teniendo años. Ahora bien, del corazón nunca se van los nombres.

Quiero que le deis mis saludos a su cuidador, Sergio. Él también, estoy seguro va a sentir el vacío de Pepe. Dadle ánimos y cariño.

Mi abrazo y mi bendición. También os pido vuestra oración para este cura peregrino que os quiere con todo cariño.



N.B.: Al principio he puesto la bandera de Pepe, o así me pareció.